El domingo de la lista doblada

La visita de los domingos

A Mario le gustaban las listas porque siempre podía tachar algo. Entre semana vendía artículos de ferretería a pequeños comercios y no regresaba a casa sin haber anotado una devolución, un pedido o una visita. Los domingos, después de desayunar, abría otra libreta: la de su padre.

Revisar la lámpara del pasillo. Cambiar una bombilla. Llevar pan. Preguntar por las plantas. Comprobar si el grifo de la cocina seguía goteando. No importaba que algunas tareas ya estuvieran hechas. Mario las repetía porque era mejor llevar un plan que llegar con las manos vacías.

Su padre, Emilio, tenía setenta y seis años y vivía en el mismo departamento desde hacía más de tres décadas. Recibía a Mario con la puerta abierta y una taza sobre la mesa. Sabía gestionar sus compras y aceptar la ayuda que necesitaba. Nunca le había pedido una lista para conversar.

—Traje los tornillos —anunció Mario un domingo, antes de quitarse la chaqueta.

—Hola, hijo.

—Hola. También encargué el foco para la cocina. ¿Dónde está la escalera?

Emilio señaló la pared, sin levantarse.

—En el armario. Pero ven a sentarte primero.

—Son dos minutos. Si lo hago ahora no se me olvida.

Al terminar, Mario guardó las herramientas y pasó a las plantas. Emilio le había dicho que ya las regaba una vecina cuando viajaba, pero él comprobó la humedad de cada maceta. Luego abrió la nevera, ordenó dos recipientes y preguntó por un teléfono que llevaba una semana funcionando bien.

Cuando al fin se sentó, miró la hora.

—Se me hizo tarde. El próximo domingo te arreglo el cajón de los cubiertos.

Emilio mantuvo la taza entre las manos.

—No quiero que me arregles nada el próximo domingo.

Mario creyó que estaba bromeando.

—Pues entonces voy a tener el día libre.

—Quiero que vengas a sentarte conmigo. Nada más.

No alzó la voz. Eso hizo más difícil fingir que no lo había oído.

—Me gusta ayudarte.

—Lo sé. También sé que me ayudas con cosas que ya puedo hacer. Te pasas la mañana de una habitación a otra, y cuando terminamos no me has preguntado cómo me fue la semana.

—Te pregunto por el grifo, por las plantas…

—El grifo no tiene conversación.

Mario miró la mesa, limpia y despejada. Allí su padre había dejado dos tazas desde antes de que él llegara. Una llevaba tanto tiempo intacta que el café ya estaba frío.

—Pensé que estarías cansado —dijo.

—A veces lo estoy. Ese día te lo diré. Pero hoy quería contarte una cosa del barrio. Abrieron otra vez el pequeño taller de la esquina y fui con Ramón a ver cómo arreglan radios antiguas. Nos pasamos una hora mirando un aparato que no sonaba.

Mario se rio. Le sorprendió no saber que Ramón había vuelto a visitar a su padre.

—¿Y lo arreglaron?

—No. Nos fuimos a tomar un café. No fue una mañana perdida.

La frase quedó sobre la mesa. Mario guardó la libreta en el bolsillo sin tachar el cajón de los cubiertos. Escuchó lo del taller y supo que Emilio había ido dos veces al mercado, que ya no quería la maceta grande junto a la ventana y que pensaba regalar algunos libros. Ninguna de esas cosas había figurado en su lista.

Aun así, al salir preguntó si debía llamar al carpintero por el cajón.

—Si quiero que lo arreglen, te lo diré —respondió Emilio—. Y si necesito ayuda para encontrar a alguien, te la pediré también.

Durante la semana, Mario abrió varias veces la libreta. Tenía apuntado un encargo de piezas para una estantería y la compra de una bombilla de repuesto. Antes de hacer nada, le escribió a su padre. Emilio contestó que no necesitaba las piezas y que la bombilla podía esperar. En cambio, quería que la vecina Marta se encargara de recibir un paquete el lunes. Mario le dio el contacto de Marta y dejó que ambos acordaran el horario.

El domingo siguiente entró con una bolsa pequeña de pan, porque Emilio se la había pedido expresamente. No llevaba caja de herramientas.

—¿Y la lista? —preguntó su padre.

Mario la sacó, doblada en cuatro.

—La traje por costumbre. Hoy no tengo nada que tachar.

Se sentó. Emilio le sirvió café recién hecho. Hablaron del mercado, de un cliente de Mario que siempre pedía las facturas con retraso y de una fotografía vieja que había aparecido entre los libros. Mario no se levantó cuando vio un enchufe ligeramente suelto. Podía preguntar más tarde si había un problema real.

Hacia el mediodía, Emilio recogió las tazas y volvió con un papel pequeño.

—Ahora sí necesito que anotes algo.

Mario alisó la lista, dispuesto a escribir un nombre de ferretería.

—El jueves a las cinco tengo cita con Ramón en el taller. Vamos a llevarle una radio a su sobrino. Ya quedamos nosotros. Solo quiero recordarlo para no confundir la hora.

Mario escribió la cita al reverso, sin convertirla en un encargo propio.

—¿Quieres que te lleve?

—No. Vamos caminando. Pero el viernes puedes venir y te cuento si conseguimos que suene.

Doblaron la hoja. Por primera vez, la lista de los domingos no tenía nada pendiente que Mario hubiese decidido por su cuenta. La dejó junto a la taza vacía, y se quedaron un rato más sentados mientras pasaba el ruido de los coches por la ventana.